

ALTAMIRA: HEGEMONÍA DE ÉLITE Y VALOR SOCIAL EN CONFLICTO

Altamira: Elite's Hegemony and Social Value in Conflict

Virtudes Téllez (1) y Eva Parga-Dans (2)

(1) Universidad de Castilla La Mancha (UCLM), virtudes.tellez@uclm.es

(2) Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit-CSIC), eva.parga-dans@incipit.csic.es

RESUMEN

El conflicto puede generarse cuando el equilibrio de poder entre las partes interesadas se desplaza, empoderando a unos y desempoderando a otros (McKercher et al. 2005). El Patrimonio, entendido como una valoración social incorporada a la realidad (Barreiro en prensa)¹, forma un entramado ideal para convertirse en un inductor de conflictos, pues incluye la percepción de diferentes grupos, o individuos, con diferentes posiciones de poder en torno a los procesos de su gestión y su impacto.

En 2012 y tras diez años de cierre preventivo de la Cueva de Altamira, se aprobó el *Programa de Investigación para la Conservación Preventiva y Régimen de Acceso de la Cueva de Altamira*, generando un activo debate en torno a la dicotomía cierre-apertura. Con el objeto de profundizar en la caracterización de Altamira como enclave patrimonial, el Programa incorporó un estudio de *Valor Social*, cuyos resultados deberían servir, como los de los restantes proyectos del Programa, para optimizar las condiciones de gestión del sitio. Como parte del equipo de trabajo, a través de la presente comunicación, pretendemos analizar Altamira como espacio de conflicto durante el proceso de ejecución del Programa, convirtiéndonos a su vez en actores integrantes de dicho conflicto.

Con la pretensión de obtener una idea global e integrada de Altamira, implementamos diferentes técnicas cualitativas y cuantitativas de investigación, a través de una aproximación interdisciplinar. Desde técnicas antropológicas y sociológicas, identificamos una variedad significativa de actores sociales (comunidad local, visitantes, personal del museo, especialistas en conservación, actores políticos, investigadores, empresarios, etc.) de diversos ámbitos territoriales (municipal, autonómico y estatal) que encarnaban las aristas de un conflicto poliédrico. Nuestro fin era analizar las distintas posiciones de poder desde las que los actores conformaban sus valoraciones sobre Altamira.

Entre los múltiples resultados del estudio destacamos una normalización de

¹ Agradecemos la amabilidad y confianza de David Barreiro quien nos permitió leer su artículo antes de ser publicado.

la importancia del “valor” de Altamira en relación a otros espacios patrimoniales; una instrumentalización de dicho espacio desde la política para potenciar el valor económico de la zona; y una idealización del papel de los expertos en Patrimonio para decidir sobre la apertura-cierre de Altamira.

Palabras clave: Altamira, conflicto, Patrimonio, interés público, poder, conservación preventiva, valor social, patrimonialización.

ABSTRACT

Conflict can arise when the balance of power among stakeholders in a context is broken, empowering and disempowering the parties (McKercher et al. 2005). Heritage, understood as the social value incorporated into reality (Barreiro forthcoming), is often the locus of contestation that triggers conflicts, including the perception of different groups or individuals with different power positions around heritage management processes and its impact.

In 2012, after ten years of the closure of Altamira Cave, a Research Program for Preventive Conservation and Access Regime of the Altamira Cave was approved. This sparked an active debate on the dichotomy of whether it would be suitable to close or open the cave. In order to understand Altamira as a heritage site, this Program included a study of its social value, whose results should serve as the other projects of the program, to optimize conditions for the Management of the site. As members of the research team, through this paper, we focus on Altamira as a contested heritage site conflictive during the execution of the Program and how, in turn, we became involved players in the conflict.

With the aim of obtaining a comprehensive and integrated idea of Altamira, we implemented different qualitative and quantitative research techniques based on an interdisciplinary approach. From anthropological and sociological techniques, we identified a significant variety of stakeholders (local community, visitors, museum staff, curators, policy makers, researchers, entrepreneurs, etc.) at various territorial scales (local, regional and national) that embodied the different perspectives on the contentious situation. Our aim was to analyze the different power positions from which the actors made up their assessments of Altamira.

The results showed a normalization in the importance of the Altamira “value” in relation to other heritage sites; a policy for the instrumentalization of the space to enhance its economic value; and an idealization of the role of heritage experts in order to decide on the opening-closing of Altamira.

Keywords: Altamira, conflict, heritage, public interest, power, preventive conservation, social value, heritagization.

1 INTRODUCCIÓN

El Proyecto de Valor Social de Altamira (VSA) se emprendió con el objeto de caracterizar Altamira como enclave patrimonial, esto es, comprender el significado de su valor social, incorporando las múltiples dimensiones de la experiencia humana en torno a él. En términos generales, comprender el valor social de Altamira implica profundizar en cuestiones como la manifestación social del aprecio a Altamira, las implicaciones sociales de su actual modelo de gestión, la valoración de la relación entre conservación y comunicación, y analizar su impacto social y económico.

En este sentido, el estudio de Altamira como entidad patrimonial ha incluido el enfoque del conflicto, puesto que dicho enclave es apropiado por diversos agentes sociales y, por tanto, convertido en Patrimonio (patrimonializado), y experimentado como fenómeno desde la subjetividad individual y colectiva, al mismo tiempo que manipulado y gestionado (como objeto) por una o varias instancias sociales dadas (Barreiro y Criado-Boado 2015).

Debido a la ausencia de trabajos previos sobre el valor social e impacto del Conjunto de Altamira ha sido necesario desarrollar una metodología de múltiples métodos que permitiese comprender en profundidad las implicaciones de este fenómeno a través de sus resultados. El inicio del trabajo de campo realizado en Altamira por el equipo encargado de estudiar su valor social puso en evidencia la diversidad de posiciones que eran ocupadas por cada uno de los agentes identificados en el diseño de la investigación.

La implementación de diferentes técnicas de investigación cualitativas y cuantitativas, aplicadas tanto en el ámbito municipal, autonómico como estatal, permitió identificar la variedad de actores sociales que aportan significatividad a Altamira, así como las diferentes concepciones y usos de esa idea. Todos ellos: comunidad local, visitantes y personal del actual museo, prehistoriadores, paleolitistas, técnicos y políticos responsables de mostrar, conservar y gestionar cuevas con arte rupestre, técnicos de turismo, turoperadores, empresarios, etc., encarnaban las aristas de un conflicto poliédrico que a continuación exponemos. ¿Sólo ellos? No, durante el estudio, nosotras, en tanto que representación de la suma de investigadores que se habían ido acercando a la zona desde que la cueva había sido cerrada preventivamente en 1977, pudimos tomar conciencia de nuestra identificación por algunos actores locales como parte activa del conflicto.

Para comprender las distintas valoraciones sociales que se manifestaban en torno a Altamira y las posiciones que cada actor social desempeñaba en ella, realizamos una aproximación interdisciplinar (inter-metodológica) que nos ha permitido obtener una idea global e integrada de Altamira.

Estos dos aspectos: el polimorfismo conflictual y la interrelación de técnicas y perspectivas de investigación, así como los distintos “valores” de Altamira identificados en/por nuestra investigación, se exponen en la presente comunicación. En el siguiente apartado se refieren las particularidades metodológicas, para posteriormente exponer los distintos conflictos manifestados entre los actores y sus valoraciones sobre Altamira, en ocasiones, mediados por la posición que estos actores ocupan en los conflictos.

2 METODOLOGÍA

Desde el VSA se prestó especial atención a la relación entre el emplazamiento geográfico de Altamira² (en el término municipal de Santillana del Mar, en la Comunidad Autónoma de Cantabria) y el espacio donde/desde el que se toman las decisiones sobre la gestión del bien patrimonial, esto es, Madrid, como referente del estado administrativo centralista español, dimensión que caracteriza el primer entramado de intereses y conflicto en torno a Altamira. De ahí que, la diferente demarcación política que rige esa relación administrativa (municipal, autonómica y estatal) fuera tenida en cuenta para estructurar el diseño metodológico, basado en un enfoque interdisciplinar, fundamentalmente en técnicas antropológicas, sociológicas y económicas.

Desde el estudio antropológico se identificaron los campos de observación en relación a la variable territorial, que posteriormente fueron utilizados desde los otros estudios. Para cada una de las escalas, se identificó a una serie de actores que, por medio de sus relaciones y dinámicas cotidianas, mostraron la flexibilidad e imbricación de las demarcaciones, la necesidad de tenerlas en cuenta y de observar los flujos de personas y prácticas que las relacionaban a cada una de ellas. Por ejemplo, un trabajador del Museo de Altamira, desempeña su actividad profesional en la escala municipal donde el museo está ubicado. Se ve afectado por las circunstancias y particularidades de ese ámbito, pero a la vez, depende y está relacionado con el ámbito estatal para negociar cualquier aspecto de sus condiciones laborales, puesto que el museo es gestionado a nivel estatal.

Las relaciones y flexibilidad de estas tres escalas puede observarse en la siguiente figura en la que se muestran las formas en que se materializa en cada uno de los actores sociales. En ella, la escala municipal (representada a la izquierda de la figura) aparece diferenciada en tres niveles: el espacio donde se ubica Altamira, el territorio correspondiente a la Villa de Santillana y el término municipal de Santillana del Mar. En el medio se representa la escala estatal (de la que dependen o por la que circulan los actores señalados) o Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (MECD). Y a la derecha se representa la escala autonómica de Cantabria

2 En el momento de hacer la investigación, Altamira fue contemplada no sólo como cueva, sino también como museo.

donde se enmarca el término municipal de Santillana del Mar, Altamira y otras cuevas con arte rupestre gestionadas desde esta demarcación territorial. A su vez, el reconocimiento de Patrimonio Mundial al arte rupestre de 17 cuevas de la cornisa cantábrica genera una segmentación territorial diferente, por la que todas las divisiones y/o escalas se han de acoger a las directrices de la UNESCO, en un ámbito global; y por la que prehistoriadores y/o arqueólogos regionales, estatales e internacionales confluyen en sus estudios y/o reflexiones sobre el bien patrimonial local.



Figura 1. Actores sociales, escalas y subescalas de las tres dimensiones implicadas en la gestión y conservación de Altamira, en relación a los espacios de participación socio-política.

Teniendo en cuenta esta división de escalas de observación en el estudio antropológico se realizó un trabajo de campo basado principalmente en la técnica de observación participante, registrada en un diario de campo, y complementada por técnicas cualitativas de producción y observación de discursos particulares (como las entrevistas semi-estructuradas individuales o colectivas -145 personas³-, historias de vida -2- y grupos de discusión -4-), y observación de discursos oficiales presentados en fuentes documentales generadas por los actores sociales que dan vida al fenómeno estudiado (folletos informativos, vídeos, fotografías, páginas web, registros estadísticos, etc.).

³ El cómputo total de estas personas no incluye el número de aquellas que han realizado las visitas experimentales a la cueva original y que han rellenado cuestionarios al salir de la cueva original.

Pero esta diferenciación de escalas de observación no podía ser abordada exclusivamente por la metodología antropológica, que si bien permite acceder en profundidad a la localización de las prácticas y discursos de los actores sociales en el contexto geográfico, político e histórico desde el que se realizan (espacio micro, representado aquí por las demarcaciones municipales, autonómicas y estatales), no permite en un espacio breve de tiempo alcanzar el espacio macro que desde el VSA se deseaba abordar (un número cuantitativamente representativo para inferir resultados). Por ello, el estudio sociológico, estrechamente vinculado al económico, se diseñó para una dimensión más amplia mediante la aplicación de las técnicas cuantitativas.

Desde el estudio sociológico se diseñó e implementó una aproximación cuantitativa al objeto de estudio, a través de la recopilación de datos mediante la técnica de la encuesta. Se diseñaron diferentes cuestionarios dirigidos a realizar, por un lado, un estudio del público del Museo de Altamira (dividido en dos, uno orientado a la valoración de la visita en términos de satisfacción con la misma, y otro orientado a la obtención de los datos necesarios para el estudio de impacto económico) y, por otro, un estudio de la opinión pública en general (trabajando separadamente con la escala autonómica y la escala estatal, e integrando preguntas orientadas a la obtención de datos útiles para los diferentes estudios que componen el proyecto). La encuesta dirigida al público visitante se realizó a pie de museo, en tres oleadas (para obtener datos significativos respecto a la estacionalidad), cubriendo un total de 1.028 cuestionarios sobre la satisfacción de la visita y 1.067 cuestionarios orientados a la estimación del impacto económico, directo e indirecto generado por los visitantes del museo en la economía de Cantabria. Para el estudio de opinión se elaboró igualmente un cuestionario, y se realizó un sondeo telefónico, incorporando una muestra de 1.000 cuestionarios.

Puestas en práctica cada una de las metodologías y con anterioridad a la entrega del informe colectivo solicitado por el MECD, los responsables de cada estudio participamos en un seminario en el que pusimos en común nuestras conclusiones, multiplicando las posibilidades de interpretación de los datos obtenidos⁴. Las técnicas implementadas por cada estudio y las dimensiones espaciales abordadas se representan en la siguiente figura:

Este diseño metodológico interdisciplinar posibilitó la identificación y comprensión de los diferentes conflictos, su gestión y su incorporación en las diferentes valoraciones realizadas por los actores sociales, tal y como veremos a continuación.

4 La información detallada de la interrelación de datos obtenidos con distintos enfoques epistémico-metodológicos será desarrollada en otro lugar.

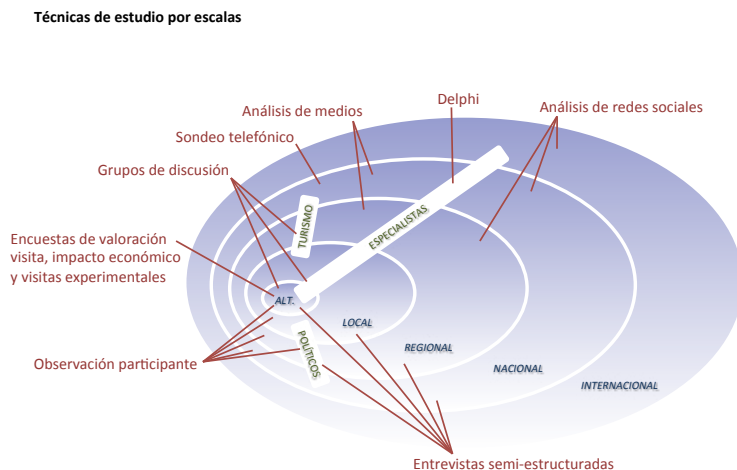


Figura 2. Relación entre técnicas de investigación implementadas y dimensiones espaciales de implementación. Fuente: Equipo de Dirección del Grupo 5 de Valor Social. Diseño gráfico: Anxo Rodríguez Paz

3 RESULTADOS

El “Patrimonio” no se concibe como un bien material con valor en sí mismo, sino que éste es atribuido por las personas que se lo otorgan y/o se relacionan con él. Esas distintas valoraciones se relacionan con las diferentes circunstancias sociales, políticas y económicas, presentes en el eje temporal de las personas, quienes van configurando el bien patrimonial, dotándolo de diferentes sentidos. Así, el bien patrimonial se impregna de una versatilidad producida, reproducida o alterada a lo largo de procesos que definen los modos ontológicos en que es conceptualizado y, en consecuencia, valorado socialmente. Estos procesos incluyen un cariz político y unas relaciones de poder que suelen ser invocadas y sostenidas en referencia al elemento material que es identificado como “Patrimonio” (Sánchez-Carretero 2012). De ahí que, partiendo de esta idea, hablemos de “patrimonialización”, o proceso de construcción social, o valoración social del Patrimonio; y que incorporemos los conflictos y las posturas ocupadas en ellos como elementos a partir de los cuales se extraen diversas maneras de comprender el proceso de patrimonialización de Altamira, en el presente y a lo largo del tiempo, en dependencia de las concepciones, usos y desencuentros con los que este bien patrimonial ha sido representado desde su descubrimiento.

Antes de abordar el tema de las aristas del conflicto, detallaremos las formas en las que Altamira aparece representada en las fuentes oficiales a las que se acude localmente para referirse a este bien patrimonial y construir el imaginario por el que Altamira es significada. El repaso de estas representaciones permitirá una mejor comprensión de las distintas posiciones ocupadas por los actores sociales cuando buscan defender su agencia y poder, y que se ponen en juego cuando se plantea la cuestión de apertura-cierre de la cueva y/o gestión/conservación de Altamira.

3.1. Representación histórica local del bien patrimonial de Altamira

La crónica oficial de Santillana del Mar⁵ indica la forma en que la memoria sobre Altamira ha sido legitimada como narración válida y normativizada en el entorno. La legitimación de esta narración se ha transformado en una simbolización local, regional y estatal que ha circulado por el imaginario de los actores sociales del presente conduciendo a un tipo de demandas, intereses, y motivaciones, explicando circunstancias y situaciones sociales, políticas y económicas en cada uno de los contextos territoriales.

En ella podemos leer que el descubrimiento de la cueva se enmarca en el relato del descrédito que recayó sobre Marcelino Sanz de Sautuola durante los años de su vida y hasta después de su muerte, es decir, entre 1879 y 1902. Se cuenta que Sanz de Sautuola vio cómo su hallazgo no era validado (Campuzano 2001) y que el entusiasmo académico por la cueva, su valoración artística, estética y documental entre prehistoriadores nacionales e internacionales no llegó hasta la visita de Henri Breuil en 1901 y la publicación de “La gruta de Altamira. Mea culpa de un escéptico” de Cartailhac (donde se restituye en 1902 el mérito de Sautuola al haber asociado las pinturas con el paleolítico)⁶. Este reconocimiento científico atrajo a intelectuales, artistas, literatos, y poetas españoles que participaron

5 La crónica oficial a la que nos referimos aquí es aquella que se presenta en la guía *Santillana del Mar: la villa y los pueblos*, escrita por Enrique Campuzano y editada por el Ayuntamiento de Santillana del Mar en 2001.

6 En *El mito de Atapuerca. Orígenes, ciencia y divulgación* (2013), el historiador de la ciencia Oliver Hochadel sostiene que el descrédito a Altamira no fue de tales magnitudes. En su artículo “Art caves as symbolic spaces: the case of Altamira” (2009), otro historiador de la ciencia, Óscar Moro, relata cómo esta construcción de los hechos ha sido explotada por los gobiernos de España y de Cantabria con propósitos ideológicos, políticos y económicos, siendo los principales el de reforzar una identidad nacional y regional, y el de explotar económicamente Altamira como medio de desarrollo turístico. En su artículo “El descubrimiento de la Cueva de Altamira” (2002), la prehistoriadora Carmen de las Heras indica en qué medida el clima político que se daba entre clericales y anticlericales españoles, así como el peso de las teorías evolucionistas, en voga en la época en que se descubrió la cueva, derivaron en el descrédito generalizado de las afirmaciones de Marcelino Sanz de Sautuola por parte de los intelectuales españoles de aquella época, a excepción de Juan de Vilanova y Piera, que apoyaba sus tesis e intentó difundirlas entre los prehistoriadores y científicos europeos, encontrando apoyo sólo entre Édouard Piette y Henri Martin. De esta manera se muestra cómo el cuestionamiento de la autenticidad no debería ser traducido como una conspiración francesa contra la ciencia española. Aunque los prehistoriadores franceses tardaron en reconocer la autenticidad de las pinturas que Sautuola ubicada en el periodo paleolítico, no fueron los únicos que procedieron de tal manera. Esta construcción del pasado ofrece fundamentos para fortalecer la “identidad española” a la que se refería por su parte Óscar Moro.

de la construcción de Altamira como un referente identitario nacional. Estas personalidades acudieron principalmente a partir de 1917, con la apertura de la cueva a visitantes. Junto a ellos, acudieron aristócratas nacionales (destacándose los catalanes y madrileños) e internacionales que realizaban estancias en Santillana del Mar, iniciándose con ellos la práctica del *turismo de masas*.

Esta nueva práctica tuvo un efecto directo en el desarrollo económico en la localidad de Santillana del Mar. Sus habitantes, comenzaron a ver la cueva como un motor económico que supondría un cambio en su economía ganadera de subsistencia, hacia una economía de servicios dirigidos a satisfacer las necesidades de los aristócratas que habían aparecido en la zona, y que, según cuenta la crónica (Campuzano 2001), con sus contribuciones económicas (contactos y redes de parentesco) promovían y garantizaban la conservación y el acondicionamiento de la Cueva de Altamira, para asegurar la visita de las élites socio-político-económicas coetáneas.

Este turismo aristocrático y este patrón económico se mantuvo hasta el estallido de la Guerra Civil, cuando el interés fue el de proteger la cueva y los edificios del conjunto histórico de la villa de Santillana del Mar⁷. Diez años después de haber finalizado la contienda, en 1949, se creó un centro cultural de Bellas Artes y la *Escuela de Altamira*, integrada por un grupo de intelectuales, poetas y artistas que se reunieron durante dos veranos para reflexionar sobre el arte, la estética o los caminos del arte contemporáneo de la época.

Así, la villa de Santillana del Mar comenzó a ser frecuentada por visitantes y turistas que, desde otras regiones y el extranjero, acudían con fines meramente culturales y recreativos, atraídos por la monumentalidad histórico-artística de la villa y las pinturas de Altamira. Este fenómeno condicionó la actividad social y económica de los habitantes de Santillana, quienes fueron abriendo negocios orientados a ofrecer servicios a este turismo masivo nacional e internacional. La ganadería, principal actividad económica entonces, se relegó a un segundo plano, siendo la tendencia la diversificación de las actividades hacia un modelo de servicios relacionados con la visita de la Cueva de Altamira y del conjunto artístico monumental de la villa de Santillana del Mar, es decir, servicio de guías, de hostelería, de restauración, tiendas de recuerdos, etc.

7 En conversación personal con Pilar Fatás, actual subdirectora del Museo de Altamira, nos comunicó la ausencia de fuentes que certifiquen la custodia de la Cueva de Altamira por personalidades como el escultor de la villa Jesús Otero, a quien la crónica oficial otorga el mérito de la conservación de la misma durante la guerra. Sin embargo, en el museo sí se conserva la carta de Alfredo Kindelán intercediendo ante la Legión Cóndor para que no bombardeara el perímetro de la cueva. De esta solicitud no sólo se beneficiaron las pinturas y grabados de la cueva, sino que, diversos informantes han relatado las historias que sus padres o abuelos narraban sobre el tiempo que habían pasado dentro de la cueva para evitar ser heridos o asesinados en los bombardeos en el barrio de Herrán, el núcleo de población más cercano a la cueva, perteneciente al actual término municipal de Santillana del Mar. Aunque estos informantes no puedan precisar si el refugio era la Cueva de Altamira o la conocida como cueva de estalactitas-estalagmitas, aledaña a la misma.

3.2. La génesis y el polimorfismo del conflicto

Este proceso de turistificación de Altamira atrajo a diversas personalidades de reconocimiento popular (artistas, pintores, científicos, etc.) que dotaron a la zona de prestigio y exclusividad en la década de los 40 del siglo XX. Estas personas confluyeron con los habitantes de Santillana. De acuerdo a los informantes de mayor edad, esta proximidad se tradujo en la adquisición de capital cultural, político y económico de algunos de estos habitantes quienes, por la proximidad a estas personalidades, accedieron a una formación lingüística y a unas redes de influencia social y política caracterizadas por el establecimiento de modelo socioeconómico que trascendía la búsqueda de eficiencia y que estructuraba las relaciones por medio de patrones clientelares, y/o formas de prestaciones y contraprestaciones socio-económicas.

Mientras esta vida cultural dotó de prestigio, exclusividad y movimiento artístico a la villa, espacios mediáticos como el NO·DO (nº659A del 22 de agosto de 1955)⁸, publicitaban y exaltaban el valor artístico de la Cueva de Altamira, incentivando a miles de visitantes anónimos a acercarse a la villa para conocer sus pinturas. Apareció así un uso instrumental del valor artístico de la Cueva de Altamira, como promotora de un desarrollo económico derivado del impulso turístico que conllevaba su visita en masa.

Según informantes locales, los dueños de estos nuevos negocios entablaron relaciones de contraprestación con algunos de los guías de la cueva para facilitar que sus clientes la visitaran. Aparecieron así las propinas y con ellas una red de redistribución económica que dotaba de poder y prestigio a la persona que acumulaba esos recursos: el guía. La aparición de esta economía “sumergida/ alternativa” fue interpretada por quienes participaron de ella como una fuente sencilla de maximización del beneficio económico conseguido con pequeño esfuerzo (menor que el que había de realizarse como obrero del tejido industrial aledaño⁹). De ahí que sus beneficiarios (no sólo habitantes locales de Santillana del Mar, sino también, e incluso, residentes de una zona más amplia que podía extenderse hasta Santander, capital de la entonces provincia castellana) interpretaran que era la cueva, no otros recursos del entorno, la que actuó como motor económico de la zona. Durante este período, el valor económico de la

8 Ver <http://www.rtve.es/filmoteca/no-do/not-659/1483023/>, consultado el 06 de marzo de 2015.

9 Desde mediados del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, se desarrolló un cinturón industrial en Torrelavega– minas de Reocín (1853), Solvay (1908), Sniace (1941), y Continental Fábrica Española de Caucho (después Firestone), a modo de ejemplo- que ofreció trabajo a un gran número de habitantes en la comarca (cuenca del Besaya y alrededores). A partir de la crisis de las décadas de 1980 y 1990 comenzó a desaparecer este cinturón industrial, hasta la dramática situación vivida en el verano de 2013, con la reducción de plantilla de Firestone, Solvay y el cierre de Sniace; medidas que contribuyeron a aumentar las cifras de desempleo al 25,7% en Torrelavega, que pasó a encabezar la tasa de desempleo de Cantabria (<http://www.europapress.es/cantabria/noticia-torrelavega-encabeza-tasa-paro-cantabria-257-frente-21-media-regional-20130508130939.html>), consultado el 06/03/2015).

cueva se impuso por encima de todos los demás, sin olvidar el valor instrumental que se daba a la misma, cuando el deseo de su visita permitía establecer vínculos sociales dotadores de prestigio y sensación de exclusividad en la zona. Las relaciones sociales y la economía moral¹⁰ que las promovía adquirieron una importante visibilidad y simbolismo que condujo hacia una minusvaloración o desvalorización de otros recursos económicos que sostenían a los habitantes de la región (principalmente la ganadería y el tejido industrial de la zona).

En este contexto, no es de extrañar que muchas personas temieran regresar a una situación socio-política-económica anterior cuando se enteraron del cierre de la cueva en 1977. La cesión de la cueva a la administración central por la Marquesa de Santillana (que ejercía de alcaldesa), provocó en los habitantes de Santillana un sentimiento de expropiación y freno del ascenso social, capital cultural, económico y político que habían experimentado con el inicio de la visita de la cueva.

Estos sentimientos condujeron a una respuesta socio-política local en la que se manifestaban los sentimientos de expropiación y se reivindicaba el derecho de gestionar la cueva desde las instancias gubernamentales regionales. En aquellos años de reivindicaciones, tras el cierre de la cueva, el estado español estaba experimentando una reestructuración política con la creación de las actuales comunidades autónomas. Esta nueva estructura favoreció el resurgimiento y la manifestación de sentimientos regionalistas e independentistas, acallados por la fuerza durante la dictadura franquista. Esta situación se particularizó en Cantabria con un regionalismo que se apoyó en señas identitarias que encontraron su mayor referente en los bisontes de Altamira y la estela cántabra de Barros (localidad del municipio de Los Corrales del Buelna).

La aparición de la figura estatal centralista despertó un movimiento regionalista a favor de convertir la provincia de Santander (antigua salida al mar de Castilla) en la Comunidad Autónoma de Cantabria. Así, la valoración política que hacían de la cueva los habitantes de Santillana del Mar, fue similar a la de los cántabros regionalistas que querían desterrar cualquier presencia centralista que siguiera ejerciendo poder, sobre lo que entendían como sus recursos y señas de identidad

10 Por economía moral nos referimos a comportamientos económicos (de reciprocidad y redistribución) que se definen a partir de valores morales o normas culturales ajenas al mercado, y en los que se prioriza la cooperación mutua a la búsqueda individual de ventajas. En las prestaciones y contraprestaciones (don y contra-don) que se establecen entre los individuos que participan de esta economía moral se pone en juego su estatus, reputación, necesidades e ideas de justicia y reciprocidad. Los actores que participan de ellas no son anónimos, ni se limitan a comprar o vender, sino que por medio de estas relaciones traman vínculos entre sí por los que se reconocen mutuamente. El mantenimiento de estas relaciones trama alianzas entre personas, mientras que su disolución genera conflictos entendidos como agravios y faltas de reconocimiento. Estas características, y el hecho de que esta economía se reproduzca fuera de las lógicas de mercado, son dos causas por las que deseamos utilizar esta concepción de economía para este contexto. Las relaciones económicas que se crean implica el establecimiento de relaciones políticas (al ponerse en juego el estatus, la reputación y una idea de justicia amparada en la contraprestación) en muchas ocasiones por medio de o tramando relaciones de parentesco.

(que en los casos de algunos regionalistas remiten también a una “identidad española” antisegregacionista o antiseparatista), en tanto que ubicadas en la nueva delimitación político territorial de Cantabria.



Figura 3. Representación icónica de A.D.I.C. (Asociación para la Defensa de los Intereses de Cantabria) que se encuentra en el origen del Partido Regionalista Cántabro (PRC) (Fuente: www.adic-cantabria.org, consultada el 06/03/2015).

De esta forma, el recién creado estado español y en concreto la administración central, que detentaba desde entonces la titularidad de la gestión de la Cueva de Altamira, debía hacer frente a dos resistencias en la zona. En el primer caso, la resistencia promovida por los habitantes del municipio de Santillana, quienes modularon sus reivindicaciones al conocer los términos del acuerdo firmado con el ayuntamiento. En el segundo caso, la resistencia de los regionalistas cántabros, quienes, a diferencia de los políticos del Ayuntamiento de Santillana, tuvieron que esperar un tiempo para que cinco años después, en 1984, el Ministerio propusiera al gobierno cántabro un convenio de gestión ministerio-gobierno de Cantabria.

Esta solución resultó satisfactoria a aquellos grupos políticos del Parlamento Cántabro que no cuestionaban la idoneidad de la titularidad estatal de la gestión de la cueva y el Museo de Altamira, pero no convenció al grupo regionalista que ha mantenido hasta la actualidad la reivindicación de gestión (o transferencia de la gestión) de la cueva al gobierno de la Comunidad Autónoma de Cantabria. Como resultado se reavivó o fortaleció la vinculación política identitaria de los regionalistas que reforzaron la valoración política y de legado (herencia de la cueva).

Un año después, en 1985, la cueva fue incluida en la lista de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO, reforzándose la necesidad de garantizar su conservación. De ahí que cuando se produjo un cambio en la dirección del museo, en 1990, ya se estuviera hablando de la posibilidad de realizar un facsímil a escala real de la cueva que superara la calidad de los existentes y cubriera las demandas de visita que en ese momento eran más elevadas que el número de personas que entraban a la Cueva de Altamira en régimen restringido de visita estipulado por el estudio de Eugenio Villar (1977-1982) de la Universidad de Cantabria.

Esta nueva dirección, según ciertos informantes, despertó las suspicacias de algunos prehistoriadores paleolitistas de esta universidad que no encontraron lógico que el cargo fuera ocupado por alguien joven (a quien atribuían poca experiencia), de otra especialidad profesional, y vinculado a la plantilla del MECD y no a la Universidad de Cantabria; entidad que estos informantes consideraban que debía encargarse de (o tener una vinculación directa con) la gestión del museo. Estos paleolitistas se sintieron desplazados y minusvalorados, generándose en ellos sentimientos de recelo hacia la nueva dirección del museo y los políticos de Madrid (como responsables gestores del mismo). Por eso, las relaciones de colaboración que debieron establecer para sacar adelante el proyecto de réplica de la cueva se marcaron por una desconfianza que terminó con una acusación interna (administrativa e institucional) de “robo” de las ideas del proyecto. Como consecuencia de esta situación, la colaboración se rompió entre ambas partes, generándose un conflicto que se extiende hasta la actualidad, aunque se haya modulado en algunos de sus protagonistas que, como hemos podido ver en las observaciones participantes acuden al museo a enseñar la Neocueva a sus estudiantes y recomiendan las instalaciones de investigación (y fondos documentales) del mismo para realizar sus proyectos de investigación.

Mientras el proyecto de la réplica de la cueva era diseñado, se llevó a cabo un proceso de expropiación de terrenos colindantes incluidos en el perímetro de protección de la misma. Según algunos informantes, esta actuación generó el descontento de los expropiados y el rechazo por el nuevo plan museístico. Esta explicación es expuesta para explicar por qué algunos de los habitantes del término municipal de Santillana no conocen el museo actual y dicen que prefieren recordar la cueva original.

Durante la ejecución de la obra, la cueva original mantuvo su régimen de visitas restrictivo, de acuerdo al orden de la lista de espera. Este régimen restrictivo de visitas satisfacía a los habitantes de Santillana del Mar, quienes recuperaron anteriores conversaciones con los visitantes, escuchando sus impresiones y contándoles las suyas propias; retomando los sentimientos de exclusividad y prestigio que otorgaba el vivir en la villa, cerca de las cuevas y con la posibilidad de haberlas visitado muchas veces. Algunos de ellos, regentes de negocios en Santillana, se ofrecían a sus clientes para acudir al museo a primera hora de la mañana y procurar que estos vieran la cueva, en el caso de que fallara alguna de las personas que tenían programada su visita para ese día. Hecho que no era infrecuente, dada la demora que generaba la lista de espera. Muchos de ellos, referían sorprenderse de las distancias que recorrían algunos visitantes para ver la cueva, lo que les conducía a valorar así la cueva como un legado a la humanidad.

Este sistema servía para contentar sólo a algunos visitantes de Altamira. Pero la alta demanda de visita debía ser suplida de alguna forma que evitara la

prolongación de la lista de espera. Por eso, desde el Patronato de la Cueva de Altamira, en 1997 se estableció el Consorcio para Altamira, con el fin de diseñar y garantizar la financiación de las obras del actual Museo de Altamira, donde se diseñó el formato de la actual Neocueva. Este formato ha sido criticado en la escala municipal y autonómica por ciertos actores sociales que esperaban “sentir que entras en una cueva” al visitar la Neocueva y que decían sentirse defraudados por no experimentarlo. Sin embargo, y en relación a las aristas del conflicto desde el punto de vista de los agentes, esta opinión contrasta con la de la población visitante, tal y como muestran los resultados de las encuestas realizadas a pie de museo. De hecho, para un 70% de los visitantes la visita a la Neocueva resulta muy satisfactoria (es puntuada con un 5,91 sobre 7); además, tras la visita, un 78 % de la población se muestra interesada en visitar otras cuevas, un 68% recomendaría la visita a amigos y familiares y un 25% de la misma repetiría la visita. Asimismo un 65% de la población encuestada opina que la visita a Altamira funciona bien aunque no se pueda visitar la cueva original.

Continuando con el relato histórico, la inauguración del museo y de la Neocueva, en 2001, siguió marcada por el conflicto pues coincidió con la eclosión de actividad microbiológica en Lascaux, y el consejo de realizar un cierre preventivo a las visitas públicas de Altamira se hizo oficial en 2002. Así, esta inauguración fue acompañada del resurgimiento de una polémica antigua por la que algunos habitantes de la villa de Santillana del Mar miraban con recelo las directrices del Ministerio al plantearle éste al Ayuntamiento la renegociación de las condiciones establecidas en el censo reservativo, siendo estas contempladas como regateos (incluso trampas y/o robos) por los que recelaban de ellas.

Calmada esta polémica, dos años después del cierre preventivo de la cueva, se desató otra cuando la dirección inició unas excavaciones en ella. Los arqueólogos/prehistoriadores regionales y ciertos políticos regionales consideraron ilegales estas excavaciones, las denunciaron por ver en ellas un riesgo para la conservación de la cueva y las excavaciones fueron clausuradas. Tres años después, en 2007, la Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales del MECD (entidad que detenta la titularidad de la gestión) firmó un convenio de colaboración con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas para el estudio integral del estado de conservación de la cueva y sus representaciones artísticas paleolíticas. Se ofreció un plazo de ejecución de 30 meses y se hizo público el presupuesto del que disponían los investigadores (367.075 €) para establecer el modelo de conservación, uso, accesibilidad (visita pública) y gestión más adecuado de la cueva.

Este convenio, por el que se configuró públicamente la imagen del técnico, experto y/o científico en el que recaía la valoración de la reapertura de la cueva, avivó las esperanzas de los habitantes de Santillana y el resto de Cantabria, estimulados por los dirigentes del PRC, que en declaraciones públicas presentaron

candidatos para entrar en la primera visita posterior al cierre preventivo. Los resultados publicados en 2010 por los que se aconsejaba mantener la cueva en su cierre preventivo no satisficieron ni a los políticos regionales, ni a aquellos que deseaban su reapertura.

3.3. La proyección presente y futura del conflicto

El inicio de otra nueva investigación en 2012, dirigida por el Instituto del Patrimonio Cultural de España (en la que se enmarcó nuestra participación como *Grupo de Valor Social*), conllevó la aparición de desconfianzas entre arqueólogos, trabajadores de otras cuevas, del Museo de Altamira y habitantes de la villa de Santillana, despertando múltiples suspicacias tales como: que la decisión de reapertura de la cueva estaba tomada con antelación, que la investigación buscaba recuperar el protagonismo del que gozaba anteriormente Altamira entre el resto de las Cuevas de Cantabria, que los resultados concluyentes ya se presentaron cuatro años atrás y que esta investigación no ha servido más que para justificar una decisión contraria a aquella, y permitir la instauración de un nuevo programa de visitas restringidas de la cueva. Desde diferentes discursos se cuestionó la “objetividad” de los parámetros que resultasen de la investigación, instrumentalizando política y económicamente dicho proceso.

Estas suspicacias se manifestaron de otra forma entre algunos de los habitantes de Santillana, quienes sospecharon que se estuviera retardando la reapertura de la cueva para garantizar que los científicos y/o expertos pudieran seguir investigando en ella, y con ello, obtener recursos económicos para asegurar su trabajo, sin explicar con claridad qué hacen dentro de ella en pro de su conservación. De este modo, los investigadores hemos sido concebidos como competidores directos por los recursos, cuestionándose nuestra metodología e intereses a expensas de la cueva, y con ello, a expensas suya (dueños legítimos de la misma). Este discurso contrasta de nuevo con los datos de la encuesta de opinión, cuyos resultados muestran una idealización mayoritaria (un 72,1%) del rol de los expertos como los actores adecuados para una adecuada gestión de la cueva. Dato que es destacable en relación a una mala imagen de los políticos como actores que persiguen intereses económicos más allá del bienestar social y de la propia cueva, por lo que de manera espontánea se ha registrado un rechazo generalizado a que sean los políticos los que decidan sobre esta cuestión.

A pesar de todas estas contraposiciones, el cierre de la cueva original en 2002 y las polémicas variadas surgidas entorno a él, no han implicado una pérdida de la valoración de existencia entre ninguno de los actores sociales con los que se ha trabajado en este estudio. Su reconocimiento en 1985 como Patrimonio Mundial por la UNESCO, las exigencias de conservación derivadas de este calificativo, y la valoración económica que se le atribuyó simbólicamente, pudieron contribuir

a reforzar la valoración de existencia. Este dato es corroborado a través de los resultados de las encuestas; concretamente, el estudio de opinión realizado en España revela un conocimiento amplio de Altamira (82,9%) entre la población, pese a que un 69,4 % de la misma dice no haberla visitado nunca. Asimismo, en relación a la situación actual de la cueva original, el 67,3% de la población sabe que la cueva original está cerrada al público y el 62,3% comprende que Altamira está cerrada porque así se garantiza su conservación futura. Igualmente el valor estético, existencial y de legado de la cueva original sale fortalecido a través del estudio sociológico frente a otros como el político o el económico. De hecho, cuando se preguntó por la relevancia de Altamira, el 60% de la muestra asoció este factor a sus pinturas, mismo porcentaje que asoció la pertenencia de Altamira a la humanidad, superando discursos regionalistas y centralistas.

En relación a las cuestiones educativas y de conocimiento asociado a Altamira, algunos guías (personal de atención al público) refieren que las normas expositivas y conductuales que les son exigidas por parte del museo son una imposición de excesiva rigidez que les conduce a un “síndrome del quemado”, pero que a pesar de ello, intentan que esto no se traduzca en una disminución del valor educativo y de existencia de Altamira. Parece ser que alcanzan su objetivo cuando en las encuestas realizadas a pie de museo vemos que el 80% de los visitantes del museo opinan que Altamira es un sitio clave para entender la historia de la humanidad. Concretamente, los visitantes afirman haber aprendido considerablemente en relación a aspectos tales como la evolución humana, la vida en el Paleolítico, el arte paleolítico y sobre todo por qué la cueva original se encuentra cerrada de manera preventiva.

En este sentido, la preocupación actual por la conservación que las generaciones de entre 30 y 40 años de edad de Santillana han manifestado durante la observación participante y las entrevistas realizadas, muestra la valoración que hacen de la cueva como un legado para los habitantes del municipio, aunque sean conscientes de que es Patrimonio Mundial y no exclusivo de ellos, aspecto coincidente con los resultados del estudio de opinión. En este sentido, las encuestas realizadas a pie de museo son coincidentes en priorizar la conservación de la cueva original para garantizar su conservación futura, así lo afirma el 95,5% de los visitantes y, por este motivo, un 68% de la muestra no se siente en absoluto defraudada por la imposibilidad de acceder a la cueva original.

Esta fortaleza en el valor de legado, existencial, educativo y estético se observa también a través del registro de visitantes. De hecho, pese a la valoración económico-simbólica que los políticos de la Comunidad Autónoma dan a la cueva en sus discursos, así como se observa también en la memoria de los propietarios de negocios de Santillana, y los comentarios de los guías antiguos de la cueva; se observa que el Museo de Altamira consigue atraer un importante número de visitantes a la región (los visitantes del museo afirmaron que Altamira

determinó la decisión de realizar el viaje en un 56% en una escala sobre 100), generando un valor económico al margen de la cueva original. Por tanto, no existen evidencias de que la apertura de la cueva original amplificase, por sí sola, de forma importante estos efectos económicos, tal y como se observa en la Figura 4. Esta idea se corrobora a través de los datos disponibles sobre el número de pernoctaciones hoteleras en la zona, que han registrado un considerable ascenso desde el año 1998, superando los dos millones, pese al cierre de la cueva original.

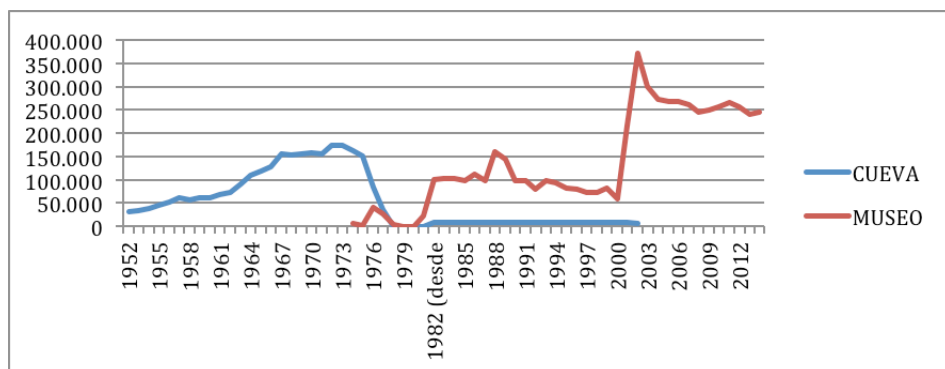


Figura 4. Número de visitantes a Altamira registrados. Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Museo de Altamira.

A modo de resumen, se presenta a continuación una figura que sintetiza los conflictos existentes y latentes entre los diferentes actores sociales en sus distintas dimensiones espaciales de relación, todos ellos tratados a lo largo del apartado de resultados.

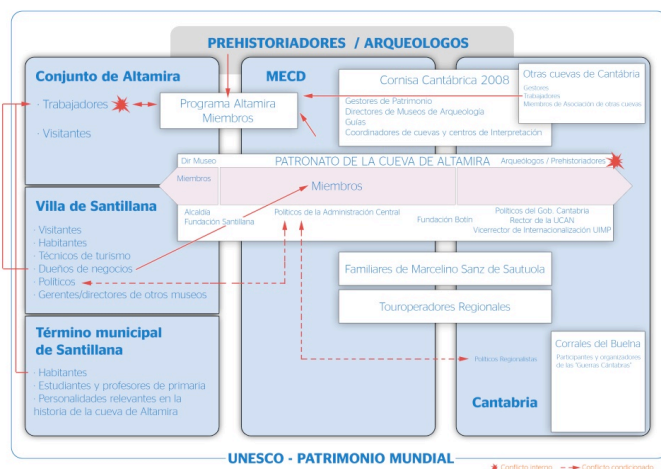


Figura 5. Cuadro de actores sociales y conflictos manifiestos, condicionados (o latentes) e internos en su participación en distintas escalas y subescalas.

4 CONCLUSIONES

A través del estudio de *Valor Social* ha sido posible analizar Altamira como espacio de conflicto desde una perspectiva interdisciplinar. Concretamente, en esta comunicación se exponen los resultados alcanzados desde la aproximación antropológica y sociológica. El estudio del impacto social de Altamira ha incorporado una perspectiva novedosa a través de datos y discursos sobre las dimensiones de su valor, transformándose en esencial para optimizar las condiciones de su gestión.

Específicamente, a través de esta comunicación se incorpora la visión del conflicto. Todos los espacios patrimonializados tienen conflictos; Altamira, también. La propia multiplicación de los conflictos habla del valor que se le da. Todo el material producido en la investigación lo refuerza. Durante el período analizado se observa una constante valorización y revalorización de la Cueva de Altamira. Del valor documental, artístico y estético inicial se incide actualmente en los valores de existencia, de legado, instrumental, político y económico por distintos motivos, como la herencia de la orientación turística de la cueva y su mercantilización a partir de la década de los 50 del siglo XX.

Pero en la actualidad, más allá de los elementos de conflicto y de la instrumentalización de la cueva, queda patente el valor existencial y de legado de Altamira por encima de su valor económico. En este sentido, se destacan algunos resultados que pueden suponer desafíos y retos futuros en relación a su gestión.

En primer lugar, es destacable que se registra una normalización del valor histórico de Altamira, sobre todo en relación a otros espacios patrimoniales. Si bien Altamira sigue siendo un referente nacional e internacional producto de su historia, en la actualidad, su posición central se ha relativizado al facilitarse y difundirse la visita de las otras cuevas de la cornisa cántabra. A pesar de este hecho, su referencia como elemento patrimonial central sigue siendo indiscutible; aspecto que se pone de manifiesto con los múltiples conflictos e intereses que se generan en torno a ella. En este sentido, uno de los mayores conflictos gira en torno a su instrumentalización por parte de los poderes políticos a fin de potenciar su valor económico.

En segundo lugar, en cualquiera de las escalas diferenciadas en el trabajo (municipal, autonómica y estatal), se ha producido un giro ontológico que concibe a Altamira como un bien a conservar. Por encima de cualquier opción de reapertura y con independencia de los actores sociales interpelados, la necesidad y garantía de conservación de la cueva ha sido esgrimida como condición indispensable ante la decisión de reabrirla para su visita pública. Por este motivo, los actores sociales legitimados para tomar decisiones sobre la cueva han sido los expertos, y los políticos, los deslegitimados. Además, la preocupación de

los distintos actores sociales por su conservación ha motivado una demanda de transparencia en torno a los estudios (técnicos, procedimiento, etc.) realizados y la difusión pública de sus resultados. De este modo, los procedimientos y resultados de nuestros estudios también son demandados.

Finalmente, este giro ontológico identificado en nuestra investigación, permite comprender las demandas y posturas de los actores sociales ante el polimorfismo conflictual que ellos mismos generan con sus reivindicaciones y posiciones disonantes. Sería interesante profundizar en el análisis de este cambio, en cuyo origen señalamos tres factores a modo de hipótesis causales: el reconocimiento de Altamira como cueva de Patrimonio Mundial en 1985; los esfuerzos realizados desde los departamentos de administración, investigación y restauración del Museo de Altamira para concienciar y visibilizar la necesidad de conservación de la cueva; y la difusión mediática del criterio de los expertos al manifestar sus reflexiones sobre las consecuencias de la reapertura de la cueva a la visita pública, o del mantenimiento de su cierre preventivo.

5 REFERENCIAS

Barreiro, D & Criado-Boado, F 2015, 'Analizando el Valor Social de Altamira', *Revista PH*, 87 (abril 2015).

Barreiro, David *en prensa*, 'La producción de patrimonio cultural' en *Patrimonio y Multivocalidad. Teoría, práctica y experiencias en torno a la construcción del conocimiento en Patrimonio*, eds Gianotti, C, Barreiro, D y Vienni, B, Universidad de la República, Montevideo.

Campuzano, Enrique 2001, *Santillana del Mar: la villa y los pueblos*, Ayuntamiento de Santillana del Mar, Santillana del Mar.

De las Heras, Carmen 2002, 'El descubrimiento de la Cueva de Altamira' en *Redescubrir Altamira*, ed, J A Lasheras, Editorial Turner, Madrid, pp. 17-28.

Hochadel, Oliver 2013, *El mito de Atapuerca. Orígenes, ciencia y divulgación*, Edicions UAB, Barcelona.

McKercher et al. 2005, 'Relationship between tourism and cultural heritage management: evidence from Hong Kong', *Tourism Management*, vol. 26, No 4, August 2005, pp. 539-548.

Moro, Óscar 2009, 'Art caves as symbolic spaces: the case of Altamira' en *Castrum Pragense. Sites of memory between scientific research and collective representations*, eds Maríková-Kubková, J, Schlanger, N & Lévin, S, Archeologický ústav Akademie věd České republiky, Prague, pp. 69-78 (69-71).

Sánchez-Carretero 2012, 'Hacia una antropología del conflicto aplicada al patrimonio' en *Geopolíticas patrimoniales. De culturas, naturalezas e inmaterialidades. Una mirada etnográfica*, coord. B. Santamarina, Editorial Germania, Valencia, pp.195-210.